24/1/22 23:43 LUN.jfif (2550×3300)

Isidora Kauak mezcla disciplinas visuales y ocultismo en el MAM de Chiloé

Artista-taxidermista se pasea por la frontera entre la vida y la muerte

La joven autora trabaja con cuerpos de animales para crear instalaciones en las que explora las relaciones entre el arte, la magia y el trauma personal.

RODRIGO CASTILLO R.

La artista aclara que todos los animales usados en sus obras murieron por causas naturales.

La muerte, la magia y el arte son los tres pilares en que se apoya el quehacer cotidiano de Isidora Kauak. Es por eso que en su obra recurre a la taxidermia y la escultura para crear imágenes de seres que permanecen suspendidos entre el mundo de los vivos y la dimensión desconocida. En sus creaciones, animales como corderos, pájaros, liebres y pulpos aparecen capturados en una frontera misteriosa, retenidos gracias al poderoso hechizo de una estrategia visual.

"Oriento mi trabajo al estudio de la magia, tomando como antecedente inicial la muerte de mi madre. Vivenciar durante la infancia el desarrollo de una enfermedad terminal en un familiar cercano puede ser un suceso traumático. Sin embargo, este hecho ha funcionado como principal impulso para plantear y desarrollar mi propuesta. La herida, el trauma, es paradojalmente un gran estímulo creativo y se vuelve un denominador común, no solo entre artistas, sino entre quien crea una imagen y quien la mira", explica la autora.

Una contundente selección de los trabajos de la joven santiaguina puede verse ahora en el Museo de Arte Moderno de Chiloé, en Castro, dentro de la gran muestra colectiva que ese recinto ofrece cada año en estas fechas. En el caso de la artista-taxidermista, por cierto, el hecho de exhibir sus trabajos en esa zona del país resulta sumamente significativo, debido a que fue allá donde se registró, en 1881, el famoso proceso judicial realizado contra el grupo de brujos conocido como Recta Provincia, asunto que Kauak ha investigado en profundidad.

"El caso de la Recta Provincia fue determinante para todas las obras que presento en la exposición. Pienso que en ese episodio histórico hay un componente mágico muy poderoso: la resistencia mediante la creatividad. Buscar alternativas que cuestionen lo establecido es una manera de resistir", comenta Kauak, quien, entre otras piezas, exhibe una instalación en la que un cordero parece dormir echado en un colchón de semillas. Sobre el cuerpo del animal cuelga, sujeta por unos cordeles, la tapa de un ataúd que la autora construyó en madera durante el período del estallido social.

La artista dice que "todas las especies utilizadas en mis obras murieron por causas naturales, todas fueron encontradas o me fueron donadas", y en el recuadro que acompaña a este artículo cuenta cómo se consiguió al cordero.

–Has hablado sobre la importancia que tiene, en tu trabajo, el recuerdo de la muerte de tu madre. ¿Cómo procesas esa experiencia a través de la taxidermia?

–Trabajar con cuerpos de animales inertes, todo lo que el trabajo implica, desde desinfectarlos, abrirlos, vaciarlos, hasta realizar procesos químicos para posteriormente esculpir y montar, de cierto modo, todo eso es volver a esa experiencia para resignificar la muerte. Creo que arte y magia hablan de un mismo lenguaje: producir cambios en la consciencia mediante el uso de imágenes, objetos o palabras.

Encomienda poética

Isidora Kauak explica que la obra donde muestra un cordero que parece dormir bajo una tapa de ataúd se titula "Bardo" y que el proceso de adquirir el cuerpo del animal fue, en cierta forma, poético: "Me enviaron el cadáver congelado por correo, desde Chillán. Al recibir la encomienda sentí conmoción; la misma muerte del animal había sido ejecutada por otros mamíferos, porque el rebaño fue atacado por una jauría, y en ello se encarnaba parte del comportamiento natural del reino animal. Además, el recorrido del cuerpo desde la Región de Ñuble hasta la Metropolitana contenía cierta poesía en sí".

Lo que se cuela por las rendijas

Martín Hopenhayn

DE REOJO

Un amigo que va y viene entre su vida aquí y esas otras que pululan en el misterio me dijo que no hay lugar con más enroques de la realidad en Santiago que la esquina de Industria y Pedro Aguirre Cerda, en La Cisterna.

La interrupción que causa un hecho irrelevante pero que rompe el aparente orden lógico de las cosas abre puertas de acceso a otra realidad que se bifurca respecto de la que damos por sentada. Los cuentos de Cortázar abundan en esto y Borges no se queda corto. Es como si del empedrado o la calzada se destapara, a nuestro paso y al sesgo, un agujero que nadie más ve pero que al pisarlo nos conecta, sea a través de un hoyo negro o una cuerda cósmica, a otra vida que no es la nuestra, o que lo fue hace mucho o en un mundo paralelo.

El cine se solaza en estas jugarretas en que, entre pliegues de este mundo donde comemos pan y sufrimos de insomnio, estalla otro donde, por ejemplo, desayunamos insomnio y sufrimos pan. No hace falta ser iluminados: cuanto más ignorantes, más abiertos. Sólo opera en la medida en que todo lo que le rodea sea ordinario, incluidos nosotros, que vamos por ahí medio distraídos. En las rendijas de lo corriente, entre su lisura y su tedio, yacen agazapadas estas ventoleras siderales por las que resbalas al pisar hasta caer de sopetón en otra historia.

Los puentes hacia esa otra vida que vivimos sin saberlo están en las veredas o en las rejas que las separan de los jardines; se columpian en cables de alumbrado público mecidos por temblores o en ramas raleadas por el viento del otoño. Caminamos silbando bajito o sumergidos en un pensamiento sobre lo que nos toca al día siguiente, y sólo de reojo y sin intención de pisar el punto decisivo lo hacemos y salimos despedidos.

Dicen que hay trozos de la ciudad donde esto es habitual. Un amigo que va y viene entre su vida aquí y esas otras que pululan en el misterio me dijo que no hay lugar con más enroques de la realidad en Santiago que la esquina de Industria y Pedro Aguirre Cerda, en La Cisterna. Pero que en el Parque Forestal, cerca de la Plaza Italia, se podía acceder a través de remolinos en el pasto que nadie ve, y que para dejarse capturar por ellos hay que partir por ir descalzo.

Esto que parece un regalo, un exceso de mundos que se prodigan para nuestro regocijo, puede inquietar mucho. En lo personal me dan miedo los umbrales que separan esta realidad de tantas otras, por más curiosidad que tenga en atravesarlos. Flaquea mi confianza para resistir el desorden de energía o el vértigo en la pasada. Si lo excepcional es, también, a su manera, la espalda desnuda de la normalidad, ¿cómo se vuelve a vestir cuando retornamos a ella? Mi amigo viajero me dice: no te preocupes, de eso se encarga la realidad, no tú.

A ratos pienso que tal vez no importe tanto pegarse esa vuelta de carnero hacia otra vida que llevamos en paralelo o en una memoria antigua. Basta con detener ésta un momento, dejar que te sorprenda, en la calle Hamburgo, llegando a Simón Bolívar –por ejemplo–, un segundo de tiempo que no tiene otro sentido que ser una grieta infinitesimal en el resto del tiempo: un segundo donde todo se detiene sin que dejen las cosas de ocurrir como siempre ocurren.

file:///C:/Users/isido/OneDrive/Escritorio/LUN.jfif 1/1